

UNA LLAMADA AL CAMBIO

9 de Enero de 2022

Evangelio según LUCAS 3,15-16, 21-22

Mientras el pueblo aguardaba y todos se preguntaban para sus adentros si acaso Juan era el Mesías, declaró Juan dirigiéndose a todos:

- Yo os bautizo con agua, pero llega el que es más fuerte que yo, y yo no soy quién para desatarle la correa de las sandalias. Él os va a bautizar con Espíritu Santo y fuego.

Después de bautizarse el pueblo entero, y mientras oraba Jesús después de su bautismo, se abrió el cielo, bajó sobre él el Espíritu Santo en forma visible, como de paloma, y hubo una voz del cielo:

- Hijo mío eres tú, yo hoy te he engendrado.

Ψ -Ψ- Ψ

Jesús vivió en el Jordán una experiencia que marcó para siempre su vida. No se quedó con el Bautista. Tampoco volvió a su trabajo en la aldea de Nazaret. Movidó por un impulso incontenible comenzó a recorrer los caminos de Galilea anunciando la Buena Noticia de Dios.

Como es natural, los evangelistas no pueden describir lo que ha vivido Jesús en su intimidad, pero han sido capaces de recrear una escena conmovedora para sugerirlo. Está construida con rasgos de hondo significado. «Los cielos se rasgan»: ya no hay distancias; Dios se comunica íntimamente con Jesús. Se oye «una voz venida del cielo: "Tú eres mi Hijo querido. En ti me complazco"».

Lo esencial está dicho. Esto es lo que Jesús escucha de Dios en su interior: «Tú eres mío. Eres mi Hijo. Tu ser está brotando de mí. Yo soy tu

Padre. Te quiero entrañablemente; me llena de gozo que seas mi Hijo; me siento feliz». En adelante, Jesús solo lo invocará con este nombre: *Abbá*, Padre.

De esta experiencia brotan dos actitudes que Jesús vive y trata de contagiar a todos: confianza increíble en Dios y docilidad incondicional. Jesús confía en Dios de manera espontánea. Se abandona a él sin recelos ni cálculos. No vive nada de forma forzada o artificial. Confía en Dios. Se siente hijo querido.



Por eso enseña a todos a llamar a Dios «Padre». Le apena la «fe pequeña» de sus discípulos. Con esa fe raquílica no se puede vivir. Les repite una y otra vez: «No tengáis miedo. Confíad». Toda su vida la pasó infundiendo confianza en Dios.

Al mismo tiempo, Jesús vive en una actitud de docilidad total a Dios. Nada ni nadie lo apartará de ese camino. Como hijo bueno, busca ser la alegría de su Padre. Como hijo fiel, vive identificándose con él, imitándole en todo.

Es lo que trata de enseñar a todos: «Imitad a Dios. Pareceos a vuestro Padre. Sed buenos del todo como vuestro Padre del cielo es bueno. Reproducid su bondad. Sed compasivos como es él».

En tiempos de crisis de fe no hay que perderse en lo accidental y secundario. Hemos de cuidar lo esencial: la confianza total en Dios y la docilidad humilde. Todo lo demás viene después.

VEN JESUS, ACOMPAÑANOS

Ven Jesús, acompáñanos,
enséñanos a vivir y a mostrar
manantiales de esperanza
en un mundo anhelante de agua viva,
para poder derramarla a raudales
sobre tanta tierra árida,
sobre tantas ilusiones vanas,
sobre tantas flores marchitas,
Porque la esperanza
no es un espejismo, un ensueño,
sino la visión de lo que está aguardando
más allá de lo que abarca la vista,
para adentrarnos por los pasadizos
del corazón conmovido,
y que puede llegar a realizarse
uniendo tu mano, la de ella y la mía.
La esperanza es la huella, el eco,
el suave susurro de una voz
que nos llama, nos espolea
para que no nos quedemos dormidos,
sordos, en los sillones de la indiferencia,
para lanzarnos hacia la aventura
siempre sorprendente de la ternura
y de la humana solidaridad.
Jesús solo llega, plenifica y llena
cuando se abren las fronteras,
cuando se eliminan las diferencias,
cuando te sientes gay, mujer maltratada,
anciano abandonado, enfermo de sida,
niño soldado, niña prostituida,
emigrante odiado por nuestra sociedad...
Y sales a la calle y das la cara por ellas y ellos,
y solo resuenan en ti latidos de fraternidad.

Miguel Ángel Mesa Bouzas



No hay afecto sin el otro a quien amar. El afecto se expresa con palabras, gestos, actitudes y hechos. El afecto coge a toda la persona, transforma la cabeza, el corazón y los sentidos. En el abrazo, nos abrazan; en la mirada a los ojos, nos miran; en la cordialidad, el corazón se calienta; en la caricia, nuestra piel se siente reconfortada... No hay riqueza que compre el afecto o que destierre el odio, ni hay dinero que construya la esperanza y la confianza. Es tarea de cada uno de nosotros en la desnudez de nuestra humanidad y es tarea de toda la comunidad humana, confiando, eso sí, en que en el corazón de cada hombre y cada mujer Dios ha sembrado ya la simiente del Amor. Sin afecto y ternura, sin dedicar tiempo y energía a cuidarnos, estamos externalizando costes. Lo pagan nuestro cuerpo y nuestra psicología, lo pagan los más vulnerables y los excluidos de este mundo, lo paga la naturaleza, lo pagan las mujeres, lo pagan los niños y las niñas, las relaciones de vecindad, la familia, los amigos.